

## TENDENCIAS DE LA DINÁMICA CULTURAL EN COSTA RICA EN ELSIGLO XX<sup>1</sup>

Rafael Cuevas Molina

### **Precisiones iniciales**

El presente trabajo trata sobre la cultura en Costa Rica en el siglo XX. Siendo éste un concepto que es entendido de formas muy diversas, iniciaremos nuestras reflexiones definiéndolo. Entenderemos, pues, por cultura el sistema relativamente coherente de ideas, valores, actitudes, modos de vida y expresiones artísticas que se desarrollan en un grupo social y que presenta cierta estabilidad<sup>2</sup>1.

Hecha la anterior precisión, haremos una segunda: la cultura es el fundamento de la identidad. En este caso, dado el hecho que nos referiremos a Costa Rica, al hablar de la cultura estaremos haciendo referencia a la identidad de los costarricenses, es decir, a su modo específico de ser y estar en el mundo. Por otra parte, la identidad cultural está en permanente construcción y, por lo tanto, es cambiante. Ningún pueblo tiene una identidad dada de una vez y para siempre, sino que se va modificando de acuerdo a las condiciones históricas.

También es conveniente observar que en un Estado moderno como el costarricense, no existe una sola cultura ni tampoco una sola identidad. Por el contrario, existen varias culturas e identidades que deben asociarse a factores étnicos, de género, regionales, etarios<sup>3</sup>, ocupacionales etc. Así es como podemos hablar de “cultura juvenil”, por ejemplo, al hacer referencia a aspectos diferenciadores de los jóvenes que los hacen tener una identidad propia, distinta de otras, en la sociedad. Hay, sin embargo, una cultura hegemónica, es decir, que es aceptada como la como la cultura “de todos”, en este caso de Costa Rica. Esta identidad dominante o hegemónica será la que se identifique como “la cultura costarricense”.

### **Los principales momentos históricos en la construcción de la identidad hegemónica costarricense**

La identidad cultural hegemónica de los costarricenses ha conocido distintos momentos en su procesos de construcción. Podemos identificar, a grandes rasgos, los que consideramos más importantes en el período republicano<sup>4</sup>.

1) Entre la independencia y las reformas liberales del último tercio del siglo XIX, identidad que es tributaria de un ordenamiento colonial;

2) La identidad que construyen los liberales, especialmente a partir del último tercio del siglo XIX. El proyecto cultural de los liberales pone las bases de la cultura nacional moderna en Costa Rica;

3) En la segunda mitad del siglo XX, una vez que el proyecto liberal entra en crisis, la reorientación que se le da a la identidad cultural hegemónica es comandada por grupos socialdemócratas, en cuyo proyecto la identidad cultural costarricense se reorienta en un nuevo sentido.

4) Por último, a partir de la década de los ochenta del siglo XX, un nuevo proyecto se erige frente al socialdemócrata. Se trata del proyecto neoliberal, que implica un nuevo modelo identitario para los costarricenses.

---

<sup>1</sup> Publicado en la serie *Cuadernos de Historia de las instituciones de Costa Rica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica) n. 10 (2003).

<sup>2</sup> Tomado de Elizabeth Fonseca, *Centroamérica: su historia* (San José: Flacso-Educa, 1996) p.310.

<sup>3</sup> Etario: referente a la edad.

<sup>4</sup> Es decir, desde la independencia hasta nuestros días.

Los modelos culturales identitarios hegemónicos liberal, socialdemócrata y neoliberal tienen clara incidencia en el siglo XX, por lo que ocuparán buena parte de nuestra exposición.

### **La construcción del Estado nacional costarricense: el proyecto liberal de cultura**

Entre 1870 y 1940 en Costa Rica se impulsa el proyecto político e ideológico de los liberales. Es este el período en el cual se construyen los Estados nacionales en toda América Latina, basado en el modelo agroexportador. Es este el momento histórico en el que se “inventa” y consolida la nación costarricense moderna. Este proyecto cultural conoce dos etapas:

- 1) la que abarca entre 1880 y 1889 que alcanzó tres logros principales:
  - a) la “invención” de la nación costarricense;
  - b) el impulso decisivo que se le dio a la alfabetización popular y
  - c) la delimitación de la influencia de la iglesia católica.
- 2) la que abarca los primeros años del siglo XX, que estuvo signada por dos procesos sociales paralelos pero diferentes:
  - a) la radicalización de ciertos círculos de intelectuales;
  - b) la irrupción de la cultura de masas<sup>5</sup>.

### **La invención de la nación costarricense**

Cuando nos referimos a la invención de la nación estamos haciendo alusión a la construcción de un imaginario común a todo un conglomerado de individuos que, a partir de entonces, entenderá que tiene un pasado y una tradición comunes que los identifica y le dan sentido como grupo social. En sentido estricto, no se trata de una invención en el vacío, es decir, no se trata de algo que no existe y que se construye desde la fantasía sino que, como indica el sociólogo inglés Raymond Williams: “A partir de un área total posible del pasado y el presente, dentro de una cultura particular, ciertos significados y prácticas son seleccionados y acentuados, y otros significados y prácticas son rechazados y excluidos. Sin embargo, dentro de una hegemonía particular, y como de uno de sus procesos decisivos, esta selección es presentada con éxito como ‘la tradición’, como ‘el pasado significativo’<sup>6</sup>.”

Quienes realizan esta selección del pasado son intelectuales, en función de las necesidades que les plantea el proyecto político e ideológico que acuerpan e impulsan. Al respecto, dice el historiador finlandés Jussi Pakkasvirta:

Lo que hace a una nación es su pasado, lo que justifica a una nación ante las otras es su pasado, y los historiadores son los que producen tal pasado. Por ello la profesión del historiador, que siempre ha estado mezclada con la política, se convierte en un componente esencial del nacionalismo, más aún que la etnografía, la filología, la sociología y otros proveedores de servicios étnicos y nacionales, también implicados<sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup> Iván Molina Jiménez, “Don Ricardo Jiménez en un carrusel. La cultura popular y la identidad costarricense (1880-1914)”, en *Temas de Nuestra América*, N. 2-5 (julio-diciembre), Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional, Heredia, 1996, pp. 65-67.

<sup>6</sup> Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Oxford University Press, Oxford, 1980, p. 138.

<sup>7</sup> Jussi Pakkasvirta, *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú (1919-1930)*, Academia Scientiarum Fennica, Finlandia, 1997, p. 12.

Los intelectuales liberales que realizaron esta labor fue el llamado Grupo del Olimpo, quienes articularon un proyecto cultural basado en el lema “Orden y Progreso”. Constituían una pequeña y emprendedora capa social, avalada y financiada por el Estado. Los “sabios” estaban ubicados en las distintas instituciones que habían sido fundadas a partir de 1881, todas de carácter “nacional”: el Archivo Nacional, la Biblioteca Nacional, el Museo Nacional, etc. Y desde ahí se afanaron por “civilizar” al país según los cánones del progreso capitalista. Este esfuerzo civilizatorio se dirigió, de manera especial, hacia la cultura popular, con el fin de convertir a campesinos y artesanos en ciudadanos saludables, higiénicos, instruidos, patriotas, respetuosos de la ley, fieles a la ideología liberal y emprendedores hombres que se valían por sí mismos y ascendían en la escala social gracias a su propio esfuerzo: “self made man” Hemos resaltado más arriba la palabra ciudadano porque ella connota, en buena medida, el espíritu de los objetivos que perseguían las reformas liberales en relación con la gente del pueblo y su cultura. Transformar en ciudadano a alguien significaba que pasara a formar parte de una tradición y un proceso que implicaba dejar atrás formas “bárbaras” y “atrasadas” de vida<sup>8</sup>. Ser ciudadano era amar, respetar y compartir los símbolos de la Patria antes que los de la pequeña comunidad (la aldea, el pueblo, la región); era tener una vida ordenada y productiva, regida por las manecillas del reloj y los horarios del lugar de trabajo y no por la salida y puesta del sol, el calor y la lluvia o los ritmos de la siembra y la cosecha; era ser mínimamente letrado, lo que quiere decir saber leer y escribir (por lo menos el nombre propio para poder firmar), y realizar algunas de las operaciones matemáticas básicas (sumar y restar). “Ciudadano” y “civilizado” son palabras que tienen una raíz latina común con “ciudad”: civitas que significa en latín sociabilidad, urbanidad (que a su vez proviene de urbis=ciudad); ser ciudadano, civilizado, “educado”, será equivalente con tener patrones de vida propios de la ciudad y no del campo.

En este contexto la ciudad, el lugar en donde viven los ciudadanos, conocerá en esta época un reperfilamiento de su fisonomía. En el caso costarricense, y desde la perspectiva de la cultura dominante, la ciudad por excelencia será San José, la cual verá nacer hacia finales del siglo XIX y principios del XX su primer barrio burgués, el Barrio Amón, y algunas de las edificaciones emblemáticas de la nación costarricense: el Teatro Nacional (1897) (en primer lugar, adelante de todas), el Palacio Nacional, la Fábrica Nacional de Licores, el Hospital San Juan de Dios, etc. Como dice la historiadora Florencia Quesada, “A mediados del siglo XIX la vieja jerarquización espacial heredada de la colonia, cuyo centro de poder lo definía la plaza principal/ iglesia/cabildo, comenzó a modificarse”<sup>9</sup>.

La ciudad se “amueblará” con monumentos y estatuas conmemorativas de las gestas heroicas que forman el pasado “glorioso” de la nación, alrededor de las cuales el pueblo podrá congregarse (en determinadas fechas) a ejercer los rituales de consagración y sacralización de la memoria histórica, portar las banderas y los estandartes que lo identifican como uno y soberano, entonando los himnos (escritos a propósito para tales ocasiones); el Monumento Nacional (develado el 15 de setiembre de 1895) y la estatua Juan Santamaría (develada el 15 de setiembre de 1891) serán emblemáticas en este sentido. Es interesante analizar ambos monumentos en por lo menos dos direcciones, pues ellas evidencian rasgos característicos del proyecto cultural de los liberales:

1) como símbolo de la construcción de los dos principales mitos originarios nacionales y

---

<sup>8</sup> Representante estelar de esta forma de pensamiento es, en América Latina, el argentino Domingo Faustino Sarmiento. Su libro *Civilización y barbarie* expone claramente su concepción al respecto.

<sup>9</sup> Florencia Quesada Avendaño, “A principios del siglo en el barrio Amón (1900-1930)”, en *Re-Visión de un siglo (1897-1997)*, Museo de Arte Costarricense San José, 1998, pp. 84-85.

2) como muestra de los patrones espúreos<sup>10</sup> de belleza de los sectores dominantes de la época.

La necesidad de crear símbolos aglutinadores en torno a la idea de nación llevó a que los liberales colocaran en el centro del imaginario colectivo la Campaña Nacional de 1856 y la figura de Juan Santamaría, la cual no fue promovida públicamente como símbolo del “pueblo humilde”<sup>11</sup> sino hasta 1883, cuando el ciudadano hondureño, exiliado en Costa Rica, Álvaro Contreras escribió, en Alajuela, un editorial que destacaba la hazaña del tamborcillo alajuelense. Algo similar sucedió con la Campaña de 1856, la cual no fue nacional sino centroamericana hasta la década del 70 del siglo XIX. El elevarlos a la categoría de mitos fundadores de la nacionalidad costarricense perseguía básicamente llenar el vacío de símbolos aglutinadores de todos los costarricenses, sin distinción de credo político, raza, religión o edad. El proceso de erección de tales símbolos no estuvo exento de contradicciones; la figura de Juan Santamaría, por ejemplo, despertó dudas, por lo que el Gobierno tuvo que preocuparse por tomar declaraciones de los veteranos de la Campaña Nacional<sup>12</sup>, a partir de las cuales se redactó la Información ad perpetuum: heroísmo de Juan Santamaría: batalla del 11 de abril de 1856<sup>13</sup>. Por medio de estas declaraciones se establecieron los hechos (calificados posteriormente de históricos y heroicos) que elevaron a Santamaría al rango de Héroe Nacional.

Por otra parte, es interesante evidenciar cómo estos símbolos patrios, que representaban las figuras de “lo nacional” (oficial), eran concretados (en las estatuas y los monumentos) con un gusto y estilos que no se inspiraban en nada que partiera de Costa Rica, sino que sus modelos eran extranjeros, más concretamente franceses. Fue así como los escultores de los principales monumentos nacionales fueron franceses (Aristide Croisy y Louis-Robert Carrier Belleuse, por ejemplo), algunos de los cuales no conocieron nunca Costa Rica ni los rasgos físicos de aquellos a quienes representaban.

Seguramente esta admiración por lo extranjero provenga del carácter dependiente y subordinado de nuestras economías (aún desde el período colonial), que han estructurado una mentalidad también dependiente, que considera que “las cosas verdaderas” pasan en otra parte, es decir, en los centros metropolitanos de poder (España primero, Francia e Inglaterra después, los Estados Unidos de América más tarde).

Este proceso, orientado y estimulado desde el gobierno, fue acompañado por la búsqueda de fines similares en otros ámbitos, como la literatura y las artes, por ejemplo. En el caso de la letras, es este el momento histórico cuando se ponen las bases de la literatura nacional costarricense. Es este el momento cuando se crea la figura emblemática del ser nacional, el concho, es decir el campesino idealizado. Las *Concherías* de Aquileo J. Echeverría y los cuentos de Manuel González, Magón, son obras emblemáticas de este proceso.

En las artes plásticas sucede algo similar. Los temas “nacionales” irrumpieron de forma clara en la plástica de Tomás Povedano, en cual los trató con cánones academicistas. A Povedano se le encomendó la fundación de la Escuela Nacional de Bellas Artes, en detrimento de otros, como Enrique Echandi, quienes no contaban con el beneplácito oficial por la forma como había representado a Juan Santamaría. Ya en los años 30 del siglo XX, el nacionalismo oficial encon-

---

<sup>10</sup> Así lo llamó el entonces Presidente de la Corte Suprema de Justicia, Ricardo Jiménez, al inaugurarse la estatua en 1891.

<sup>11</sup> Espúreo alude a un gusto estético que considera que lo extranjero es mejor y más deseable que lo propio.

<sup>12</sup> Esta actividad fue promovida por el Club Liberal de Alajuela y apoyada por el Municipio.

<sup>13</sup> Tranquilino Chacón (editor), Imprenta José Canalias, San José, 1891.

trará en la plástica de la llamada Generación Nacionalista<sup>14</sup> los valores plásticos para reforzar la imagen de lo propio que se quería construir. Se trata de la imagen idealizada<sup>15</sup> del paisaje del Valle Central, en donde la casa de adobes ocupará un lugar de primer orden.

### **El “vallecentrismo” del nacionalismo oficial**

Las identidades (tanto las individuales como las colectivas) se construyen siempre como una relación entre un “yo” y un “otro” (u “otros”). El “yo” de los liberales (“nosotros los costarricenses”) se situó geográficamente en el Valle Central (entre los valles del Guarco y el de La Garita). Tanto el paisaje como el tipo humano que lo poblaba fueron tomados como prototipos de lo típicamente costarricense. A ese modelo respondió la imagen del campesino que pobló los cuentos de Magón y Echeverría (el concho), de su casa (de adobes, que fue pintada por la Generación Nacionalista), su forma de hablar, de comer y de divertirse. A este tipo humano se le atribuyeron, también, algunas características que “los ticos” consideraron que les diferenciaban de “otros”: pacíficos, democráticos, blancos, cultos.

“Los otros” fueron distintos, dependiendo del momento histórico en el que se realizaran las afirmaciones identitarias. Hasta los años cincuenta del siglo XX, fueron aquellos que se encontraban fuera de las fronteras del Valle Central; más tarde fueron los centroamericanos o los nicaragüenses.

Como se señala en el libro *La casa paterna –escritura y nación en Costa Rica–*, el Valle Central es concebido, en esta visión desde la identidad oficial, como un “mundo armónico y cerrado (que) desconoce la heterogeneidad e insiste en expulsar de sí cualquier elemento perturbador”<sup>16</sup>.

El filósofo Luis Barahona, en su ensayo “El gran incógnito –visión interna del campesino costarricense”<sup>17</sup> deja muy claro quien era el otro y quien “el tico”. Dice Barahona:

Debemos concluir que la Meseta Central explica nuestra historia de tal forma que todo lo comprende... desde el concho hasta el hombre de la ciudad, desde el Presidente de la nación hasta el simpático jornalero, desde la sirvienta hasta la matrona... todos, hijos del mismo suelo, criados en las misma zona... cortados con un mismo molde y no podemos prescindir de su influencia, de sus horizontes, de su cielo, de su clima<sup>18</sup>.

Como se ve, el otro eran todos aquellos que poblaban esa Costa Rica aún lejana para el tico del Valle Central. Recuérdese como el Valle de San Isidro del General, por ejemplo, no fue colonizado sino hasta los años cuarenta del siglo XX, y la región de Limón permaneció como una zona marginal y lejana del Valle Central hasta la segunda mitad del siglo XX cuando, en sus últimas décadas, fue parcialmente incorporada al imaginario nacional gracias al turismo.

---

<sup>14</sup> Se trata de los pintores Ezequiel Jiménez, Teodorico Quirós, Fausto Pacheco, Manuel de la Cruz González y otros.

<sup>15</sup> Se dice que es una “imagen idealizada” porque ella no se corresponde con la realidad, la cual no tenía los atributos de placidez, silencio y ausencia de seres vivos que se presentan.

<sup>16</sup> Flora Ovaes, Margarita Rojas, Carlos Santander y María Elena Carballo, *La casa paterna. Escritura y nación* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1993) p. 177.

<sup>17</sup> Editorial Universitaria, sección tesis de grado y ensayos, n. 3; San José; 1953.

<sup>18</sup> Citado por Giovanna Giglioli en ICI; *Encuentro cambio de época y Producción cultura desde Costa Rica*, 1997.

## **La “otra” Costa Rica de principios del siglo XX**

Paralelamente a la construcción del nacionalismo oficial, se estaban sucediendo una serie de hechos y procesos que ayudaban a perfilar la “otra” Costa Rica, es decir, aquella que no se correspondía con los patrones oficiales de lo que era el país y sus habitantes. Seguramente algunos de los aspectos más importantes de esta otra cultura fueron: 1) la formación de un grupo de intelectuales cuyo proyecto era distinto al de los liberales; 2) la presencia cada vez más consciente de sí misma y organizada de los sectores subalternos y 3) la creciente presencia de los Estados Unidos de América en el territorio nacional. Debemos mencionar también que en los primeros veinte años del siglo XX, se desarrollan algunos procesos que tendrán resonancia mundial y que afectarán también a Costa Rica; nos referimos específicamente a la Revolución Mexicana de 1910 y a la Revolución Socialista de Octubre de 1917, que llevó a la constitución del primer país socialista del mundo en Rusia y, más tarde, de la Unión Soviética.

En la última década del siglo XIX, el capital estadounidense se hizo presente en Centroamérica cuando comenzó a financiar actividades mineras, la construcción de los ferrocarriles y la actividad bananera. Si el café fue el producto sobre el cual se levantó la economía y en torno al cual logró aglutinarse el grupo que llevó adelante el proceso de construcción del Estado nacional, el banano fue la punta de lanza que permitió el perfilamiento de modos distintos de organización social y cultural en el país.

La poderosa United Fruit Company (UFCO) fue establecida en marzo de 1899 por Minor Keith, el mismo que se había encargado de unir al Valle Central con Puerto Limón por medio del ferrocarril. La forma como se organizó el capital estadounidense fue el enclave, en el seno del cual existió un universo cultural distinto al del Valle Central.

## **El enclave bananero: un universo cultural paralelo y distinto al del proyecto liberal**

El enclave bananero se caracterizó por su autosuficiencia, la cual provenía de los servicios que prestaba la empresa. La compañía se encargó de montar tiendas en los pueblos bananeros, llamadas comisariatos, en las cuales se vendía productos importados de los Estados Unidos. La UFCO poseía sus propios buques mercantes, los cuales no solamente transportaban la fruta también prestaban el servicio a pasajeros en la llamada Gran Flota Blanca. Asimismo tenía sus propios sistemas de comunicación inalámbrica.

Por estas razones, y por lo geográficamente aislado del resto del territorio que se encontraba Limón, las plantaciones bananeras se desarrollaron de forma distinta. Además de constituir empresas agrícolas que imponía ritmos de trabajo distintos a los de otros trabajadores agrícolas del país, otros aspectos diferenciaban a ojos vista el universo bananero: la constitución étnica de sus pobladores y sus patrones de poblamiento y urbanización.

Dado que la población asentada en la costa caribeña era escasa, la migración interna e internacional de trabajadores adquirió una gran importancia. Jamaica se convirtió en la principal fuente de mano de obra. La llegada de trabajadores jamaicanos se inició durante la construcción del ferrocarril al Caribe aunque también llegó mucho nicaragüense atraído por los salarios relativamente altos que ofrecían las compañías bananeras. Esto creó tensiones sociales y raciales porque los jamaicanos hablaban inglés, eran negros y protestantes y, a menudo, ocupaban puestos de categoría intermedia entre los trabajadores costarricenses y nicaragüenses y los funcionarios de más alto rango de la empresa. Por otra parte, la ideología dominante en el país los consideró extranjeros de paso por Costa Rica, por lo que les negó sistemáticamente la ciudadanía hasta 1948.

La conflictividad de este entorno caribeño estalló en 1934 en una gran huelga, la cual inspiró a Carlos Luis Fallas, militante comunista, a escribir su libro *Mamita Yunai*. Desde el punto

de vista urbano, los pueblos bananeros tuvieron la clásica formación que este tipo de empresa agrícola les imprimió en todos los países en donde se asentaron, desde el sur de los Estados Unidos y todo el Caribe. Está separaba espacialmente a los altos funcionarios, los cuales vivían en espacios acotados con todos los servicios (incluyendo piscinas, canchas de tenis y aire acondicionado en el interior de las viviendas), de los de los trabajadores, que se veían obligados a vivir en barracones o, como el caso de los empleados medios, en pequeñas casas unifamiliares de madera, generalmente elevadas sobre el nivel del suelo. En estos pueblos floreció la pasión por el béisbol mientras en el Valle Central se iba abriendo paso el fútbol.

Dentro de la historia social y cultural de la zona del Caribe costarricense debe mencionarse de manera especial la presencia de Marcus Garvey, quien supo canalizar las frustraciones de la población negra. Esta, lejos de su lejana Jamaica, proveniente originalmente del África, explotada en las plantaciones, encontró un elemento aglutinador en el mesianismo de Garvey y su Flota Negra.

La cultura del Caribe forma parte, también ella, de la cultura costarricense. Sus tradiciones, costumbres e historia constituyen un aspecto particular, una forma específica de existir de los costarricenses en el mundo. La cultura dominante la ha incorporado de forma marginal a su imaginario simbólico, en algunos momentos como representante de “el otro” a partir del cual construyó su “yo” vallecentrista, en otros momentos como el espacio geográfico marginal.

Hemos mostrado, a manera de ejemplo, el caso de Limón como uno que escapa al esfuerzo homogenizador del nacionalismo liberal, pero es importante apuntar que en el país existen otros casos similares: el de los indígenas, el de Guanacaste, el de las zonas fronterizas, etc.

### **La nueva intelectualidad**

El proceso que sufre la cultura dominante entre 1880 y 1900 impacta profundamente a la intelectualidad que entre 1900 y 1930 participa activamente en la vida político-cultural del país. Esta intelectualidad es ella misma producto de los cambios impulsados por los liberales. Como apuntamos anteriormente, en este período (entre 1900 y 1930) se delimita una segunda fase en el proceso cultural.

Tanto las tensiones y contradicciones producidas por la implantación del modelo agroexportador, como la presencia creciente de los Estados Unidos de América, no solamente en Costa Rica sino, en general, en toda América Latina, propician la emergencia de una nueva intelectualidad que asume una actitud contestataria respecto a los valores dominantes. Esta intelectualidad “comulga con nuevos paradigmas de interpretación profundamente críticos e irreverentes... (y) asume un programa político-cultural orientado a desarticular y reformular los contenidos elitistas de la cultura dominante”<sup>19</sup>; en su ideario, el elemento nacional-popular, democrático y antiimperialista es sustantivo; toman conciencia, además, de no pertenecer a las clases económicamente poderosas ni ser tampoco obreros, campesinos o proletarios, es decir, de que provienen socialmente “de abajo” y no de arriba: no se veían a sí mismos como miembros de la clase dominante pero tampoco se avergonzaban de provenir de familias relativamente humildes.

Estos intelectuales poseen una noción novedosa de lo nacional: lo nacional ligado a lo popular es la tesis que defienden, la cual se complementa con su latinoamericanismo antiimperialista. Este latinoamericanismo les lleva a ser firmes defensores de la unidad latinoamericana. Entre los más importantes representantes de estas posiciones podemos mencionar a Roberto Brenes Mesén, Joaquín García Monge, Omar Dengo, José María Zeledón, Solón Núñez, Luis Cruz Me-

---

<sup>19</sup> Gerardo Morales, *Cultura oligárquica y nueva intelectualidad en Costa Rica 1880-1914* (Heredia: Editorial de la Universidad Nacional, 1993) p.61.

sa, Víctor Guardia Quirós, Octavio Jiménez Alpízar, Carmen Lyra, Emilia Prieto, Clodomiro Picado, Vicente Sáenz, Rómulo Tovar y Ramón Zelaya.

Aunque expresaron sus ideas en variadas publicaciones de la época, la más importante de todas fue, sin duda alguna, *Repertorio Americano*, editada por Joaquín García Monge entre 1919 y 1959. El sólo hecho de haber visto la luz en un período tan amplio le da a *Repertorio* un lugar especial entre las revistas culturales de América Latina; pero su valía no se queda ahí: la revista fue un punto de encuentro para intelectuales hispanoamericanos de la más alta valía, constituyéndose en un punto de referencia obligado cuyos méritos fueron reconocidos reiteradamente a lo largo de su existencia.

Antes de *Repertorio Americano*, García Monge había publicado, junto a Brenes Mesén, *Vida y verdad* (1904-1906), y entre 1906 y 1916 se dedicó a publicar la Colección Ariel, de la que pudo imprimir 92 cuadernos que fueron reediciones de los más famosos autores de la literatura latinoamericana y universal<sup>20</sup>19. Estos no son más que ejemplos de la incansable labor editorial de García Monge quien, además, fue un activista político junto a los otros intelectuales antes mencionados y escribió *El Moto*, obra que es considerada la primera novela en la historia de la literatura de Costa Rica.

Las posiciones e ideas del grupo al que hemos denominado nueva intelectualidad nunca fueron dominantes en Costa Rica, es decir, no se asociaron al poder político del Estado, por lo que tuvieron un carácter marginal<sup>21</sup>20. Deben entenderse, sin embargo, como parte de la tradición costarricense, es decir, como parte de su cultura y su identidad.

### **La cultura de las clases trabajadoras**

El otro aspecto importante que debe tenerse en cuenta en este período histórico es la de la creciente presencia conciente de artesanos y obreros, los cuales fueron gestando una cultura propia, distinta de la dominante. Como dice Mario Oliva, el movimiento de obreros y artesanos “no sacó su fuerza de ninguna industria grande, sino de los oficios y de las ocupaciones menores”<sup>22</sup>.

Eran un grupo heterogéneo, al que lo unía “la necesidad de defenderse de los embates del capitalismo apenas naciente que los afecta y golpea de diferentes formas”<sup>23</sup>.

Ideológicamente fluctúa entre el liberalismo, el socialismo utópico, el socialismo reformista y el anarquismo, aunque el conocimiento que tenían de estas doctrinas era mínimo y fragmentario. Predicaron el sindicalismo como el pacifismo y siempre fueron anticapitalistas. Hasta la década de 1920 no tenían conocimiento del marxismo, lo cual variará cuando, en la década siguiente, se funde el Partido Comunista de Costa Rica. El socialismo de estos años sostiene, aunque tímidamente, la idea de la revolución desde una perspectiva determinista, evolucionista, que afirmaba que la nueva sociedad a la que aspiraban llegaría como parte del desarrollo social con paciencia y tiempo.

Una de las armas más utilizadas por el movimiento obrero para alcanzar sus objetivos era la prensa y la educación. Después de 1900 proliferan los centros de estudio, bibliotecas populares, escuelas nocturnas para trabajadores, circulación de periódicos y libros socialistas. En el úl-

---

<sup>20</sup> Véase María Salvadora Ortiz; “La utopía en el *Repertorio americano*” (San José: Ediciones Guayacán, San José, 1995) pp. 73 y passim.

<sup>21</sup> Al decir “marginal” estamos entendiendo que no se constituyeron nunca en ideas hegemónicas legitimadas desde lo oficial.

<sup>22</sup> Mario Oliva Medina, *Artesanos y obreros costarricenses. 1880-1914* (San José: Editorial Costa Rica, 1985) p.198.

<sup>23</sup> Ídem.



timo tercio del siglo XIX obreros y artesanos se reunían en sus horas libres para leer, en voz alta<sup>24</sup>, artículos, notas o poemas que aparecía en la prensa, en la cual predominaban los artículos de carácter formativo sobre los informativos. En cuanto a la religión, las ideas que se propagaban no eran ateas ni anticristianas sino anticlericales. La unión entre los jóvenes intelectuales (la “nueva intelectualidad”) y los obreros y artesanos contribuyó a radicalizar la cultura trabajadora.

### **La cultura de masas<sup>25</sup>**

La necesidad de transformar y “civilizar” a la irreverente cultura popular llevó a los liberales ubicados en el poder del Estado a editar, después de 1880, miles de cartillas agrícolas, científicas, históricas y de higiene para distribuir entre los campesinos y artesanos; estas fueron leídas junto a la prensa de la época, las novelas y aventuras del corazón.

Después de 1910, el cine, el fútbol y, un poco más tarde (1930) la radio ocupó buena parte del tiempo de ocio de la población. El cine contribuyó, en otros países de América Latina como Argentina y México, a fortalecer el imaginario nacional a difundir iconos, formas de hablar y personajes representativos de “lo nacional”; en Costa Rica, sin embargo la filmografía a la que se accedió fue prácticamente importada, por lo que contribuyó a conformar un imaginario popular vinculado a la música popular y el drama populista mexicano. La marimba y la música de guitarra fueron los acompañantes de comensales y contertulios en las cantinas, y las filarmonías en los parques.

El cine y el fútbol eran diversiones de fin de semana. Luego del matiné por la tarde del sábado o la función matinal del domingo, hombres y mujeres tomaban helados y paseaban por el Parque Central o el Paseo de las Damas. El fútbol, que en su origen fue parte de la cultura solidaria e los trabajadores, pasó a ser una actividad importantísima de la mañanas de domingo. La radio, sin embargo, estaba permanentemente presente en los hogares con electricidad con sus radio-teatros y programas musicales.

La burguesía josefina primero, y después de los años veinte capas menos encopetadas de la población, adquirieron la costumbre de salir de vacaciones. Los puntos más lejanos a los que se accedía eran Puntarenas (a donde se llegaba por tren) y los cascos de las fincas cafetaleras en las estribaciones el Valle Central.

Según Molina y Palmer, el San José de comienzos del siglo XX fue calificado de ‘metrópolis en miniatura’ por un visitante de Estados Unidos. (...) La capital deslumbraba a los extranjeros con sus instituciones nacionales (el Archivo, la Biblioteca, el Museo, el Teatro), sus escuelas y colegios, sus parques, paseos y estatuas, sus almacenes y librerías, su vida bohemia, su prensa creciente y diversa y su activo quehacer cultural<sup>26</sup>.

### **El proyecto cultural socialdemócrata**

#### **Antecedentes: los años cuarenta**

El proyecto liberal encontró su agotamiento en la década de los años treinta. La crisis que esto generó empezó a resolverse en los años cuarenta con las reformas sociales impulsadas por el gobierno de Rafael Ángel Calderón Guardia en alianza con la Iglesia Católica y los comunistas representados por el Partido Vanguardia Popular.

---

<sup>24</sup> La lectura en voz alta en círculos de estudio obreros eran nota corriente, sobre todo porque, según el censo de 18892, el 75% de la población era analfabeta.

<sup>25</sup> En este apartado seguiremos en lo fundamental lo expuesto por Iván Molina y Steven Palmer en Historia de Costa Rica; Editorial de la Universidad de Costa Rica; 1997; pp. 66-69.

<sup>26</sup> Ídem.

Durante la década de los años cuarenta, al calor de la lucha política, los intelectuales que impulsarán el proyecto cultural socialdemócrata (a partir de la década de 1950) se organizaron en el Centro para el Estudios de los Problemas Nacionales (como antes lo hizo el Grupo del Olimpo en el proyecto liberal), el cual fue fundado en marzo de 1940. Las intenciones de este grupo eran básicamente estudiar la realidad nacional y realizar análisis políticos y económicos para intervenir en la lucha ideológica de su época. La figura central de este grupo fue Rodrigo Facio Brenes, quien sustentaba sus ideas en un pensamiento que Alberto Salom ha llamado “liberal constructivo”<sup>27</sup>; otros intelectuales remarcables de ese grupo para el caso que nos ocupa (la dimensión cultural de la dinámica socio-histórico costarricense) fueron Isaac Felipe Azofeifa, Carlos Monge Alfaro, Alberto Cañas y Fernando Volio.

En relación con los liberales, quienes entendía que la cultura era un bien individual, los centristas consideraban que esta debía “aumentar su función social”<sup>28</sup>, la cual consistía en “dirigir al hombre, dándole conciencia y proponiéndole actividades y objetivos”<sup>29</sup>. Según los miembros del Centro, la cultura que había que difundir entre el pueblo no era la de los grupos hasta entonces dominantes ni la de los “incultos” sectores populares; es decir, consideraban que “la cultura de las familias ricas era tan nula como la de los mismo labriegos”<sup>30</sup>, por lo que debía divulgarse y difundirse otra cultura, la cual era producto del trabajo de “los grupos responsables y estudiosos”<sup>31</sup> que “aprehenderían” lo “auténticamente nacional”.

Resumiendo, los centristas tenían la idea de estimular un cierto tipo de expresión cultural (principalmente la que es resultado de la actividad de productores especializados –artistas, intelectuales-) y difundirla en la forma más amplia posible. Desde el punto de vista social, tales posiciones deben asociarse a los intereses de los sectores medios orientados hacia opciones de poder dentro del Estado; y desde el punto de vista eminentemente teórico e ideológico, con las corrientes de pensamiento que ayudan a constituir las posiciones socialdemócratas de inicios de los años cuarenta. Estas ideas podrán impulsarse desde el Estado a partir de la década de 1950 después de los acontecimientos políticos de 1948.

### **La Universidad de Costa Rica**

La Universidad de Santo Tomás había sido cerrada en 1888, por lo que la apertura de la Universidad de Costa Rica, en 1941 constituyó un verdadero hito para la cultura nacional y es, seguramente el punto más alto de la política cultural calderonista y de toda la década del cuarenta. Este acontecimiento puede asociarse a la elaboración del Código de Trabajo y la creación del Seguro Social que trajeron importantes transformaciones en la vida de los costarricenses.

Efectivamente, la creación de estas instituciones sería fundamental para que, con otra serie de medidas que más tarde se tomaron desde el Estado en la década del cincuenta, se fortaleciera y creciera la clase media costarricense, fenómeno que, como argumentaremos más tarde, tuvo importantes consecuencias culturales.

La apertura de la Universidad de Costa Rica tuvo repercusiones en el pequeño mundo cultural de la época en un país al que algunos de sus principales intelectuales (Carmen Lyra, Isaac

---

<sup>27</sup> Alberto Salom Echeverría; *Los orígenes del Partido Liberación Nacional y la socialdemocracia*; Editorial Porvenir; San José; 1991.

<sup>28</sup> Varios autores; Ideario costarricense (resultado de una encuesta); Editorial Surco; San José; 1943; p.113

<sup>29</sup> Entrevista de Rafael Cuevas Molina a Isaac Felipe Azofeifa; 11 de mayo de 1990.

<sup>30</sup> Carlos Monge Alfaro; “José Ma. Castro. Espiritu Liberal”; *Surco*, año III; n. 30; diciembre de 1942; p.7.

<sup>31</sup> “Hacia la independencia cultural del pueblo costarricense”; *Surco*; año III, n. 33; marzo 1943; p. 9

Felipe Azofeifa, Francisco Amighetti, Roberto Brenes Mesén, Joaquín García Monge) caracterizaban, en las páginas del *Repertorio americano*, como “aldeón” y “recoleta”<sup>32</sup>, y a cuya cultura llegaron a llamar la “semicultura costarricense”<sup>33</sup>. Se transformó en el centro de la vida cultural del San José. Pero en el largo plazo, la Universidad tuvo una honda repercusión en el hecho que abrió grandes oportunidades de movilidad social a la población costarricense. En efecto, a partir de entonces, el poder asistir a la Universidad y obtener un título permitió ascender en la escala social, lo cual ayudó, como ya lo señalamos, al crecimiento y fortalecimiento de la clase media.

## **Los años cincuenta y sesenta. El contexto internacional**

### **La sociedad de consumo y la guerra fría**

Después de la Segunda Guerra Mundial se entronizan dos fenómenos que marcarán de forma indeleble la vida en todo el mundo; estos son la sociedad de consumo y la guerra fría. Ambas son el resultado del ascenso a nivel mundial de los Estados Unidos como gran potencia en detrimento de Europa y el viejo orden colonial dominado por ella, orden que comenzó a derrumbarse dando lugar a largas y cruentas guerras de liberación nacional, principalmente en Asia y África, que a la postre dieron como resultado el nacimiento de decenas de nuevos Estados independientes.

Por otra parte, como resultado de los Acuerdos de Yalta, el mundo quedó dividido en dos grandes bloques, el socialista y el capitalista, que se enfrentaron entre sí tratando, cada uno, de alcanzar la hegemonía mundial. Europa se escindió en dos: por un lado la Europa Occidental, acuerpada (y sostenida en un principio a través del Plan Marshall) por los Estados Unidos, y por otro la Europa Oriental, bajo la órbita soviética, intentando construir una sociedad alternativa al capitalismo inspirada en el marxismo.

### **El “american way of life” y el movimiento hippie**

Costa Rica quedó ubicada en el área de influencia de los Estados Unidos de América, los cuales ofrecían como modelo de vida el american way of life, basado en la idea del confort individual merced a ingresos económicamente crecientes que permitieran el acceso a cada vez más bienes materiales. La posesión de este tipo de bienes se constituyó en el centro de las aspiraciones de la vida: poseer una casa, automóvil, artefactos electrodomésticos, etc. Como resultado, se abrió paso una sociedad con valores cada vez más materialistas que se encontró, de pronto, con un gran vacío espiritual. Como respuesta a esta situación, surgieron durante los años sesenta una serie de movimientos “antisistema”. El más importante de ellos fue el movimiento hippie, que aspiraba a un mundo de paz y amor en el que no prevalecieran los valores de la sociedad de consumo.

### **La revolución cubana**

La onda expansiva de tales movimientos llegaron hasta América Latina y, obviamente, hasta Costa Rica. El conflicto Este-Oeste se trasladó a escasos cientos de kilómetros de sus fronteras cuando triunfa, el 1 de enero de 1959, la revolución cubana, la cual despertó un gran entusiasmo en importantes sectores de la población. El ejemplo cubano cundió rápidamente por todo el continente, dando pie al surgimiento de partidos políticos inspirados en sus ideas y a movi-

---

<sup>32</sup> Véase, por ejemplo, *Repertorio americano* del sábado 24 de febrero de 1940, año XXI, n. 885; p. 76; o el del sábado 19 de julio de 1941, n. 12, año XXI, n. 916; p. 189; o el del martes 10 de abril de 1945, n. 20, año XXV, N. 986; p. 317.

<sup>33</sup> *Repertorio american*, martes 15 de mayo de 1945; N. 22, año XXV, n. 988.

mientos revolucionarios que adoptaron la teoría del foco como orientación para acceder revolucionariamente al poder del Estado. Las palabras de Ernesto “Che” Guevara, recogidas en *La segunda declaración de La Habana*, “el deber de todo revolucionario es hacer la revolución”, se dejaron escuchar en universidades, sindicatos y mítines e inspiraron a miles de jóvenes latinoamericanos que partieron hacia campos y montes a enfrentar a las fuerzas armadas latinoamericanas. Los años sesenta fueron, así, el del surgimiento de los movimientos guerrilleros en Venezuela, Argentina, Colombia, Guatemala, etc.

En este contexto de confrontación y cambio se impulsan las políticas culturales de la socialdemocracia costarricense a partir de la década de 1950.

### **Las políticas culturales del Estado costarricense en las décadas del cincuenta y sesenta**

Las fuerzas sociales que llegan al poder del Estado a partir de los acontecimientos políticos de 1948, consolidan y profundizan los logros del calderonismo de los años cuarenta con la construcción del Estado de Bienestar o Estado Social. A las instituciones que mencionamos con anterioridad se agregan ahora la banca nacionalizada, el Instituto Nacional de Seguros, el Patronato Nacional de la Infancia, el Instituto Costarricense de Electricidad, el Instituto Nacional de Vivienda y Urbanismo, los sistemas de pensiones y jubilaciones, etc.

Por otra parte, el Estado costarricense se transformó en el gran empleador, dando la oportunidad de acceder a un trabajo relativamente bien remunerado y estable a amplios sectores de la población.

Todas estas políticas económicas y sociales dieron pie al crecimiento, nunca antes visto en el país, de una amplia clase media, cuya visión de mundo teñirá la idiosincrasia costarricense. A partir de la década del cincuenta, el personaje representativo de “lo costarricense” no será más el concho de la literatura decimonónica, sino el oficinista, la clase media, la gente de la ciudad.

Carmen Naranjo será la primera escritora que dará cuenta de este cambio de perfil en la literatura costarricense, de la misma forma como, unos pocos años antes, el Grupo Ocho<sup>34</sup> había irrumpido en la plástica del país creando escándalo al abandonar el figurativismo<sup>35</sup> (las casas de adobes, la carreta de bueyes) y adoptar el abstraccionismo como forma de expresión.

En los años cincuenta se crean algunas de las primeras instituciones orientadas específicamente hacia la cultura. Debe mencionarse, en primer lugar, a la Editorial Costa Rica y la Asociación de Autores, las cuales nacen por iniciativa de Fernando Volio Jiménez ante la necesidad, según el mismo lo indica, de “divulgar las obras de nuestros escritores por medio de las embajadas del país...” y encontrarse que “había pocas (porque) costaba mucho dinero publicar un libro”<sup>36</sup>. Esta fue, pues, una iniciativa “desde arriba”, es decir, desde las instancias del Gobierno que, por demás, a pesar de contar con el beneplácito de los afectados (los escritores), fue difícil que fuera acuerpada masivamente. De esta situación da cuenta el periodista Francisco Gamboa en un artículo publicado en el periódico *La República*:

¿Usted habrá oído de la famosa ley para crear la Editorial Nacional ... ¿Cree usted que ha sido posible formar siquiera un grupo que se ocupe del asunto? No, señor. Ciertamente, el pro-

---

<sup>34</sup> El Grupo Ocho lo formaban Rafael Ángel “Felo” García, César Valverde, Manuel de la Cruz González, Hernán González, Néstor Zeledón Guzmán, Harold Fonseca, Luis Dell y Guillermo Jiménez.

<sup>35</sup> Arte que representa la figura, en contraposición al arte abstracto, que no la utiliza.

<sup>36</sup> Ítalo López Vallecillos; “Nueva y fecunda labor de Editorial Costa Rica”; en *Diario de Costa Rica* del 13 de febrero de 1972; p. 12.

yecto fue elaborado por unos cuantos que se reunieron unos pocos días. Lograron bastante: ahí está la ley a punto de aprobarse. Pero luego se disolvieron. Recuerdo que yo asistía como mirón a las últimas reuniones que lograron hacer.... Hasta que un día no llegó nadie<sup>37</sup>.

Generalmente, la agrupaciones que aglutinan escritores o artistas nacen por iniciativa de los propios interesados, pero ese no es el caso costarricense y, posiblemente, ese hecho muestre un rasgo característico de la cultura de la época: el de dejar la iniciativa en manos del Estado.

A la creación de la Editorial Costa Rica, la Asociación de Autores deben agregarse dos logros más: la Ley de Premios Nacionales (1963) y la creación de la Dirección General de Artes y Letras –Dgal- (1963). Estas dos últimas muestras otros rasgos característicos de la cultura de la época. La Dgal promueve una serie de espacios (galería de exposiciones, escuela de ballet, conferencias, etc.) que evidencian la necesidad de dar respuesta a las demandas de consumo cultural de la creciente clase media, sobre todo de aquella que, pasando por las aulas de la Universidad de Costa Rica, requieren una oferta cultural “más refinada” que la que puede ofrecerle la cultura popular. El otro aspecto que ponen en evidencia ambas iniciativas es el hecho que el Estado promueve que los productores especializados de cultura (escritores, pintores, músicos, intelectuales) tengan lugares en donde puedan difundir su trabajo.

Podemos decir, por un lado, que estas ideas ya estaban presentes en la forma como concebía la cultura y el trabajo cultural el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales y, por otro, que ellas ya concretan los rasgos más sobresalientes de lo que serán las políticas culturales del Estado en el período 1950-1978, que es al que hemos denominado socialdemócrata. Estas políticas fueron las de mecenazgo, difusión y promoción

### **Políticas culturales en el período socialdemócrata: mecenazgo, difusión y promoción**

Las políticas culturales de mecenazgo, difusión y promoción se dan siempre enlazadas unas con otras. Una misma acción puede perseguir objetivos de varias de estas políticas.

#### **La política de difusión**

Esta política busca expandir, extender, “la” cultura hacia toda la población aún los de las regiones más alejadas del país. La cultura que se difunde (que se “extiende”) es la que crean los productores especializados (que viven, por demás, en el Valle Central). Es en esencia, la misma política de los liberales que buscaba “civilizar” a las masas incultas. Desde el punto de vista política, esta política cultural busca, también (además de sus objetivos meramente culturales), reforzar un proceso más amplio de legitimación de una determinada concepción del mundo, de una cosmovisión: se difunde la concepción que los sectores hegemónicos de la sociedad tienen sobre lo que es bello, armónico, interesante, digno de tomarse en cuenta; sobre lo que es, realmente “la” cultura. Refiriéndose a este tipo de política cultural, Roberto Villalobos dice:

el concepto de extensión exhibe por sí mismo el supuesto del cual parte: se extiende algo a partir de una concentración inicial; supone, de igual modo, una difusión centrífuga; en particular este del “arte y la cultura”. San José, física y administrativamente contribuye a esa concentración predefinida de lo culto y lo artístico urbano que puede “extenderse” sin

---

<sup>37</sup> Domingo 31 de mayo de 1959; p. 12.

contradicciones aparentes hacia lo rural... y nótese la dirección y efectos de esa extensión, física y administrativa de la propia unidad de San José<sup>38</sup>.

El proyecto político socialdemócrata, básicamente reformista, se expresa en la cultura en esta política de expansión cultural, como la llaman algunos<sup>39</sup>, o populista, como la llaman otros<sup>40</sup>.

### **La política de mecenazgo**

Otra de las políticas culturales que encuentra espacio privilegiado en la gestión de las instituciones estatales es la de mecenazgo, la cual está dirigida hacia los productores de cultura especializados. El mecenazgo estatal adquiere distintas manifestaciones concretas en distintos momentos. La creación (o reorganización) de instituciones culturales puede verse también desde esta óptica: la de proporcionar un lugar, un soporte, una ayuda a grupos considerados “desprovistos” o “débiles”. Un ejemplo de esto lo podemos encontrar en la creación de la Editorial Costa Rica. Esta nace con dos objetivos básicos: 1) divulgar la obra de costarricenses o sobre Costa Rica y 2) brindar un espacio editorial para que los escritores pudieran publicar. Tomando en cuenta el tamaño de las ediciones (generalmente no más de 5000 ejemplares en los primeros años), se puede afirmar que durante la década del sesenta el segundo objetivo es que se cumple a cabalidad ya que el primero sólo se alcanzará plenamente cuando las publicaciones se inserten en la enseñanza escolar, como textos de lectura obligatoria, ocasión en la que crecerán ostensiblemente sus tirajes. Siendo estos relativamente modestos para un país con altos índices de alfabetismo, quiere decir que el grupo social al que se orientan principalmente las políticas de edición era el de los escritores (productores) y no el de los lectores (consumidores). Esto se ve reforzado por el hecho que la política de promoción de las obras publicadas se reduce, casi exclusivamente, a anuncios en revistas culturales, que tienen una difusión limitada entre personas de círculos cercanos a los mismos escritores. Son también manifestaciones del mecenazgo los programas de becas<sup>41</sup> y las leyes que protegen la creación artística<sup>42</sup> o su circulación<sup>43</sup>.

### **La política de promoción cultural**

Una tercer política cultural importante es la de promoción. Aunque ella encuentra espacio en muchos de los discursos (entrevistas, artículos, informes, programas, etc.) de la oficialidad costarricense del ámbito de la cultura, no será sino hasta después de 1978, con el proyecto de promoción humana, cuando esta política pasará a ocupar un lugar central. Con él se llevan a cabo una serie de proyectos y actividades específicamente encaminados a estimular la creación cultural más allá de los límites de los productores especializados a través de las Casas de la Cultura y el

---

<sup>38</sup> Roberto Villalobos et.al. “El quehacer artístico”; en Ideario costarricense/1977; Oficina de Información ; Unidad de Investigaciones Sociales de la Casa Presidencial; San José (¿1977?); p.11.

<sup>39</sup> Así la denominan Magdalena Vásquez y José Ángel Vargas (“Reseña del drama en Costa Rica a partir de 1950”; en revista Escena; Nrs. 19-20, año 10; 1988; p. 106.) siguiendo la denominación que le da Jorge Valdeperas.

<sup>40</sup> Así la llama Juan Fernando Cerdas en “1856: un aporte al teatro costarricense”; en revista Aportes; N. 18, año 4, marzo-abril de 1984; p. 33, y también Alberto Cañas en entrevista concedida a Rafael Cuevas Molina el 30 de mayo de 1990.

<sup>41</sup> De la Dirección General de Artes y Letras primero, y del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, después.

<sup>42</sup> Como la Ley de Estímulo a las Bellas Artes de 1982.

<sup>43</sup> Ejemplo de estas leyes son la N. 1560 de 1971, que exonera del pago de impuestos a los cuadros o pinturas de pintores nacionales.

Programa de Formación de Promotores Culturales. Sin embargo, aunque es después de 1978 cuando esta política adquiere mayor relevancia, no quiere decir esto que anteriormente no se hubiera hecho nada en esta dirección: ya desde 1963, con la Dirección general de Artes y Letras, diversos cursos y festivales de música popular pueden tomarse como ejemplos de su impulso.

### **El Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes (MCJD): la década de 1970**

En el orden de la cultura oficial, el MCJD constituye, sin lugar a dudas, su mayor éxito. Podríamos decir que la década en la que fue creado, la de los años setenta, se corresponde con el “período de oro” de las políticas culturales socialdemócratas. Esta década se caracteriza, entre otras cosas, porque es el momento en el cual se crean un gran número de instituciones estatales que concretan la concepción populista de las políticas culturales: la de hacer llegar la cultura oficial al mayor número posible de personas para que estas “eleven” su nivel cultural a la par de su nivel de vida, lo cual se puede ejemplificar en la idea de José Figueres Ferrer de que “vamos hacia una sociedad que no sea pobre, pero debemos ir también hacia una sociedad que no sea vulgar”<sup>44</sup>.

En este período se crean la Compañía Nacional y el Taller Nacional de Teatro, se reorganiza la Orquesta Sinfónica Nacional, el Centro Costarricense de Producción Cinematográfica, el Museo de Arte Costarricense, se reanuda la tradición de los Salones de Artes Plásticas, etc.

El teatro será, entre de todas las artes, la que consiga los logros más espectaculares. El Teatro al Aire Libre del Museo Nacional se convertirá en un verdadero fenómeno de masas: autobuses repletos de estudiantes y de habitantes de los barrios del sur de San José llegan a descargar espectadores que atiborrarán las graderías a cielo abierto. Aunque este boom del teatro debe atribuirse, en parte considerable, a las políticas estatales, también debe tomarse en cuenta el rol que se le asigna, como expresión movilizadora, por parte de los grupos culturales que comulgan con los cambios sociales en América Latina: en un continente con altos grados de analfabetismo, los teatreros ven en él la posibilidad de llevar su mensaje movilizador a amplios sectores de la población, por lo que lo apoyan no solamente por su vocación artística sino, también, por su compromiso político.

El proyecto estatal de la socialdemocracia entra en crisis en la segunda mitad de la década de los setenta y esto se expresa también en el orden de la cultura. La década de los ochenta reflejará, en las políticas culturales del Estado, las contradicciones en las que se ve sumergido el país y la región.

### **La década de los setenta, ochenta y noventa: la radicalización de la política y de las propuestas culturales no oficiales en 1970 y 1980**

Las décadas de 1970 y 1980 son las de la guerra en Centroamérica. En Nicaragua, triunfa la Revolución Popular Sandinista en 1979 y en Guatemala y El Salvador el movimiento revolucionario va en ascenso. Centroamérica se transforma en un “foco activo de la revolución mundial” que provoca la reacción de aquellos que siempre la han tenido en el ámbito de sus intereses geoestratégicos, los Estados Unidos de América, los cuales intervienen en Nicaragua a través del apoyo a “los contras”.

Los artistas e intelectuales también caen bajo el influjo de la radicalización ideológica. Un ejemplo de esto son las conclusiones del *Seminario latinoamericano sobre el escritor y el cambio social*, que se realiza en La Catalina, Heredia, en el mes de septiembre de 1972, y que es auspiciado por el Centro de Estudios Democráticos de América Latina (Cedal), el Consejo Superior

---

<sup>44</sup> *La nación*, 7 de octubre de 1971, p. 2

Universitario Centroamericano (Csuca), el ya entonces fundado Mcjd de Costa Rica y la Fundación Friedrich Ebert (FES) de la República Federal Alemana. En esas conclusiones se dice:

El orden capitalista e imperialista mantenido en nuestros países por la corrupción de las instituciones liberales burguesas y por la fuerza de las armas, amenaza nuestras culturas y cada día enajena más a los hombres. Ese orden exige un cambio integral, una revolución profunda (...) nos debemos enteros a la responsabilidad y a la lucha para cambiar de raíz el sistema que nos agobia y nos mutila<sup>45</sup>.

Un nuevo seminario, esta vez en 1975, convocado bajo el nombre de *Seminario centroamericano sobre arte y sociedad*, afirma:

- “La necesidad de reconocer al pueblo como creador de la cultura y de incorporarlo activamente al quehacer cultural, logrando que los intelectuales confrontes su obra con las masas y eleven su contexto cultural, fortaleciendo su alianza con la clase obrera y campesina”
- Esta alianza permitiría el desarrollo de los factores subjetivos para el cambio necesario y revolucionario en el plano artístico-cultural.
- El arte puede ser un factor desalienante en el proceso de liberación cuando ayuda a la toma de conciencia de la realidad y adquiere la forma de lucha militante<sup>46</sup>.

Estas posiciones encontraron distintas expresiones en el campo cultural costarricense, procesándose de manera diferente por parte de distintos sectores sociales e instituciones encargadas de la cultura. Por un lado, ayuda a perfilar un movimiento cultural contestatario<sup>47</sup><sup>46</sup> que se mantiene relativamente al margen del movimiento cultural propugnado por el Estado, y, por otra parte, en las mismas instituciones del Estado ayuda a reforzar una tendencia orientada ya no sólo a la difusión y el mecenazgo cultural, sino también a la promoción de la actividad creadora en el ámbito de las artes. Como muestras de ese movimiento contestatario tenemos al Movimiento de la Nueva Canción (en donde militan Rubén Pagura y el Grupo Abril, el Grupo Tayacán, Luis Ángel Castro, Víctor y Alejandra, el Grupo Experimental de Adrián Goizueta), la fundación del Centro de Cultura Popular (Cecupo), La Comuna (Héctor Monestel y Adrián Díaz), el grupo teatral Tierra Negra, el Teatro Experimental y Danzacor.

Costa Rica no había estado exenta de movimientos y protestas que había llegado a la violencia. En 1970, poco después de la llegada al poder de José Figueres Ferrer, violentas manifestaciones sacuden San José, especialmente de jóvenes, quienes protestan contra la pretensión del gobierno de negociar con la compañía norteamericana Alcoa. Toda una generación de jóvenes – algunos de los que, años más tarde, se reivindicarían como parte de la “generación de Alcoa” – forjan en las llamadas “jornadas de abril”, una especial sensibilidad social, que se prolonga en su accionar político durante los años de la década del setenta.

Sus ideas, influenciadas por los sectores más progresistas del Partido Liberación Nacional y el influjo de la Revolución Cubana, reivindican el pensamiento de Rodrigo Facio como “antecedente y compañero de su perspectiva de análisis”<sup>48</sup> y consideran que “la tarea histórica de nuestro pueblo consiste en romper con el yugo imperialista y con la lógica de la dependencia”, lo

---

<sup>45</sup> “Temario”; en Programa del Seminario Latinoamericano sobre “el escritor y el cambio social”; CEDAL-CSUCA; San José; 1972.

<sup>46</sup> “Conclusiones” del Seminario centroamericano sobre arte y sociedad; CSUCA, San José; abril 1975.

<sup>47</sup> “Contestatario”: alternativo, diferente y la mayoría de las veces opuesto a la cultura oficial.

<sup>48</sup> Víctor Hugo Acuña; “Rodrigo Facio: un historiador vigente”; en revista Revenar; N. 4, año I, octubre de 1981; pp. 10 y 11.



que, en su criterio, sólo puede realizarse a través de una “reorganización total interna de la economía y de la sociedad”<sup>49</sup>.

Las “jornadas de abril” “fueron el inicio de un período de protestas, huelgas y acciones diversas, protagonizados por trabajadores de empresas, empleados públicos, trabajadores bananeros, campesinos sin tierra y estudiantes, período que se prolongó a través de los años setenta”<sup>50</sup>.

El crecimiento urbano, los medios de comunicación y la migración. Los cambios acaecidos en el orden de lo político estuvieron acompañado por otros que modificaron, especialmente a partir de la década del setenta, aspectos importantes de la identidad de los costarricenses.

De vivir en pequeñas comunidades en donde todos se conocían, los habitantes del Valle Central (en donde llega a concentrarse el 51% de la población total del país) ven crecer el área metropolitana en proporciones nunca antes vista, la cual llega a tener una extensión de 169 kilómetros cuadrados<sup>51</sup>.

Las capitales de las provincias de Heredia y Alajuela llegan a constituir, con San José, prácticamente una sola ciudad a la que paulatinamente se le incorpora Cartago. El costarricense del Valle Central debe desplazarse, cada vez con mayor dificultad, a largas distancias para asistir a su trabajo u otras actividades. Esta situación se complica aún más después que, en el gobierno de Rafael Ángel Calderón Fournier (1990-1994), se le bajan los impuestos a los autos usados, los cuales empiezan a ser importados masivamente de Estados Unidos y otros países. Miles de automóviles inundan, entonces, las estrechas calles del Valle Central, originalmente construidas para que transitaran carretas de bueyes entre cafetales. El otrora bucólico paisaje se llena de humo y el espíritu costarricense, que se reivindicaba pacífico (casi por nacimiento) se deteriora en calles y avenidas en donde campea la ley del más fuerte.

Con la guerra se inician las migraciones masivas, primero de salvadoreños y luego de nicaragüenses. Los salvadoreños fueron ubicados sobre todo en campos de refugiados manejados por el Alto comisionado de las Naciones Unidas para los refugiados de la (Acnur), y en su gran mayoría retornaron a su país después de la firma de los acuerdos de paz en 1991. No es este el caso de los nicaragüenses.

Migrantes de guerra durante los años ochenta, la crítica situación económica de su país los transforma en migrantes económicos en la década del noventa; llegan a constituir cerca del 10% de la población total de Costa Rica a finales de la década.

En Costa Rica los nicaragüenses encuentran trabajo y discriminación, pues los costarricenses ven aflorar en ellos sentimientos xenófobos que no los caracterizaban antes, cuando recibían a los exiliados latinoamericanos. Muchos de los problemas de la sociedad costarricenses empiezan a ser achacados a los extranjeros, a pesar que las cifras demuestran lo contrario. Por ejemplo, la violencia doméstica, que crece vertiginosamente en el seno de los hogares, es atribuido al carácter agresivo y machista de los nicaragüenses, pero las cifras muestran como, de los asesinatos cometidos contra mujeres como parte de la violencia doméstica, el 90% de los asesinatos eran costarricenses y sólo 8% nicaragüenses<sup>52</sup>.

---

<sup>49</sup> Ídem.

<sup>50</sup> Manuel Rojas Bolaños; “La política”; en Héctor Pérez Brignoli (editor); Historia General de Centroamérica; vol. V; Editorial Siruelas; Madrid; 1993; p. 156

<sup>51</sup> 50 . Consúltese Jorge Vargas Cullel y Guillermo Carvajal; “El surgimiento de un espacio urbano-metropolitano en el Valle Central de Costa Rica: 1950-1980”; en Rodrigo Fernández y Mario Lungo; La estructuración de las capitales centroamericanas; EDUCA; San José; 1988; p. 213.

<sup>52</sup> Suplemento Revista Dominical del diario La Nación; 10 de marzo de 2002; p. 9.

A lo anteriormente expuesto, que perfila los rasgos identitarios del costarricense de fin de siglo, deben agregarse los medios de comunicación, especialmente la televisión. Según una encuesta publicada en el diario La Nación, el 91,61% de los costarricenses tienen televisor en su casa<sup>53</sup>. Ante él, los jóvenes de Costa Rica pasan más horas a la semana que en la escuela y con sus padres. De la programación que se transmite en los canales nacionales (una minoría frente a las decenas que entran por cable), el 80% es extranjera, con altos índices de violencia, discriminación de todo tipo (racial, de género, de clase, etc.). El televisor ha pasado a formar parte indiscutible del paisaje del hogar y de la batería de elementos que forman los valores y la identidad de las nuevas generaciones.

### **Cultura popular y empresa privada**

La década de los ochenta no fue, solamente, la de la radicalización política e ideológica, fue también la década en la que las políticas neoliberales hicieron su aparición. En el ámbito oficial, a partir de 1978 se inicia un viraje que es estimulado por ambas dimensiones del contexto. Por un lado, el MCJD da un vuelco radical hacia la política de promoción cultural, que se expresa en las políticas (que ya antes mencionamos de pasada) de creación de Casas de Cultura y de Promotores Culturales, las cuales buscaban aproximarse a nuevos actores sociales, esta vez vinculados a las comunidades más que a los productores especializados. Esta sensibilización del MCJD hacia “lo popular” se explica por las condiciones imperantes en toda Centroamérica que ya hemos mencionado anteriormente, la cual tenía como una de sus características sobresalientes la protagónica presencia de los sectores populares, los cuales estaban disputándole el poder a los grupos tradicionalmente dominantes. Pero también, y esto no debe dejarse de lado, al hecho que, durante décadas, la Unesco había venido insistiendo en la necesidad de impulsar ese tipo de políticas, más orientadas hacia el estímulo de la creatividad del pueblo.

El viraje que implementará el Mcjd despertó una enorme resistencia de los grupos que tradicionalmente habían sido el objeto predilecto de sus políticas. Esto incluyó la oposición a que el MCJD cambiara de nombre (se propuso pasar a denominarlo “de promoción humana”) y manifestaciones de apoyo a los antiguos dirigentes de las políticas culturales (especialmente a Alberto Cañas, quien fuera primer Ministro de Cultura).

Era, sin embargo, el signo de los tiempos. A pesar que el Mcjd siguió llamándose de la misma forma y que, en el fondo, el proyecto de hacerlo más orientado hacia las comunidades fracasó, ciertas líneas de trabajo, especialmente la dirigida a la promoción de la cultura en las Casas de cultura, permanecieron.

Debe consignarse, sin embargo, la poca incidencia que estas políticas tienen en la cultura e identidad actuales del costarricense. Mientras la televisión acapara la atención de niños y jóvenes, el estado costarricense, y su Ministerio de Cultura, no tienen absolutamente ninguna política dirigida a los medios de comunicación de masas (con excepción del Sinart). En este sentido, las políticas culturales respecto a los medios de comunicación es un campo dejado casi totalmente bajo el dominio de la empresa privada.

Otra tendencia dominante de la época afectó, también, a las políticas culturales: la implantación de las políticas neoliberales. A partir de 1982, durante el gobierno de Luis Alberto Monge, se inician los Programas de Ajuste Estructural (PAE), que perseguían, en esencia, ordenar las finanzas nacionales de acuerdo a los dictados del Fondo Monetario Internacional, el cual tiene la potestad de “sugerir” las políticas económicas como condición para proporcionar el “dinero fres-

---

<sup>53</sup> “‘Tele’ y ‘refri’ dominan en casas ticas”; 25 de marzo del 2002; p.26 A. El 78.58% son televisores a color.

co” que necesita el país altamente endeudado. Las políticas neoliberales orientan en el sentido de reducir la participación activa del Estado en la sociedad y elevar el papel “regulador” del mercado. La aplicación de estas concepciones han tenido hondas repercusiones en el orden de lo cultural.

Por un lado, en el orden de lo estatal, vastos espacios importantísimos para la conformación de los valores de la gente han sido dejados totalmente en manos de la empresa privada. Es de remarcar el ya anteriormente mencionado ámbito de los medios de comunicación, especialmente la TV. Otros espacios de la cultura, que eventualmente pueden tener rentabilidad, han sido asumidos esporádicamente por la empresa privada. Esto es evidente sobre todo en el área de las artes visuales (pintura y escultura) y de la música popular. En el caso de las artes visuales, empresas de automóviles (como la Corporación Lachner y Sáenz en la década de los ochenta) y de cigarrillos (como la Tabacalera Republic Tobacco) promueven exposiciones a las que llaman bienales y que sustituyen a los antiguos Salones de Artes Plásticas. En el caso de la música popular, las marcas de cigarrillos y cervezas promueven una cultura juvenil alrededor del hedonismo (que se asocia en la publicidad a la ingesta de licor y cigarrillos), secuestrando la música tropical, la balada y el pop para sus intereses comerciales.

Por otra parte, los valores promovidos por la ideología neoliberal transforman la tabla de valores del costarricense. Con mucha frecuencia se oye hablar, entre ciertos sectores “responsables”, sobre la preocupación por la crisis de valores por la que atraviesa la sociedad. Se ha creado, incluso, una Comisión Nacional de Rescate de Valores que organiza campañas de concientización y publicitarias. No existe, sin embargo, ninguna “crisis” de valores. Lo que hay es un cambio ideológico promovido por las transformaciones en la base material de la sociedad.

La ideología neoliberal se basa en un ser que es individualista, consumista y materialista (en el sentido que privilegia la posesión de bienes materiales como objetivo de la existencia). Es la ley de la selva: el más fuerte, el más “vivo” será el que saque mayor provecho y el que será más recompensado con los trofeos de la sociedad de consumo (el automóvil 4x4 último modelo, la casa en el condominio exclusivo... la mujer más hermosa), independientemente de los medios (lícitos o ilícitos) que haya utilizado. No habrá campaña publicitaria que eche atrás esta tendencia si la vida cotidiana y los medios de comunicación ofrecen estos modelos constantemente. Los mismos que se rasgan las vestiduras doliéndose por el cambio en las formas de comportamiento del costarricense son exitosos empresarios que acuerpan decididamente que sean las leyes del mercado las que reglen la vida de la comunidad.

### **Por último: la globalización**

Los medios de comunicación son la principal ventana por la que entra, hasta lo más recóndito de los hogares costarricenses, los efectos de la globalización cultural. Mucho se discute sobre ella, tanto sobre sus beneficios como sobre sus efectos negativos. En el ámbito de la cultura, sin embargo, deben hacerse algunas puntualizaciones. Los valores culturales vehiculizados por los medios de comunicación son los de la sociedad de consumo, entendidos estos desde la óptica de los sectores dominantes de la sociedad norteamericana. El segundo renglón de ingresos de la economía norteamericana se debe a las exportaciones de la industria del entretenimiento: videos, películas, discos compactos, casetes, etc. Hollywood es no solamente el centro de uno de los ~~más grandes emporios~~ emporios económicos sino, también, el generador de valores que se distribuyen a través de cines y aparatos de televisión por todos los rincones del orbe.

La globalización ofrece imágenes de todas partes del mundo; cada día se conoce más de las civilizaciones más alejadas en el tiempo y el espacio, de lugares alejados de la sala o el dormitorio desde los que se ven cómodamente. Pero la cámara, el ojo del que ve no es el nuestro, el de

los países pobres que no tienen presupuesto para comprar los aparatos a través de los cuales se ve hoy el mundo.

Es el de los que poseen los recursos para hacerlo. Vemos el mundo a través de los ojos de “los otros” quienes, por el artilugio de la pantalla, se transforman en “nosotros”. Nuestras identidades de fin de siglo están, por lo tanto, siendo construidas a través de la mirada de los otros. ¿Quiénes son “los otros” y quiénes “nosotros”? ¿Cuáles son “nuestros” intereses y cuáles “sus” intereses? Los medios de comunicación se encargan de difuminar los límites, pero siempre desde un punto de vista interesado: todos somos iguales mientras los productos de “los otros” entren sin aranceles ni restricciones a nuestros mercados, pero no lo somos cuando intentamos colocar nuestros productos en sus emporios superprotegidos. Es la lógica de la globalización neoliberal.

En Costa Rica, los medios de comunicación han erigido una barrera de silencio en torno a los movimientos masivos que se oponen a la globalización neoliberal y sus consecuencias bajo el lema de “otro mundo es posible”. Pareciera que vivimos en un mundo en el que no existe más alternativa; pero esto no es así: más de 10,000 personas se reunieron en Porto Alegre, Brasil, en enero del 2002, para discutir y proponer alternativas. En Davos, Suiza, o en Turín, Italia, las manifestaciones multitudinarias hacen ver que una gran parte de la juventud actual no quiere ese tipo de mundo. Poco de todo esto llega a través de la TV que se difunde en Costa Rica.

### **Conclusiones**

De la Costa Rica de los liberales que construyeron el Estado nación, con un grupo de intelectuales dirigiendo el proceso, “inventando” una serie de mitos y símbolos que buscaban unificar culturalmente a la población que se dispersaba entre los límites fronterizos del país, a la Costa Rica de fines del siglo XXI, orientada por los valores del neoliberalismo, la globalización y el mercado hay toda una identidad de distancia. Si a finales del siglo XIX y principios del XX el Estado tenía un papel protagónico en la definición de la identidad de los costarricenses, a finales del siglo XXI este ha dejado ese papel a las fuerzas del mercado. Los mitos de la Costa Rica blanca, pacífica, igualitaria, se van desmoronando a pasos agigantados. Cuáles serán los rasgos que definirán al nuevo “tico” del siglo XXI está por verse, aunque ya aparecen, cada vez con más claridad, algunas aristas que nos permiten intuirlos.

Heredia, Costa Rica, 29 de marzo de 2002